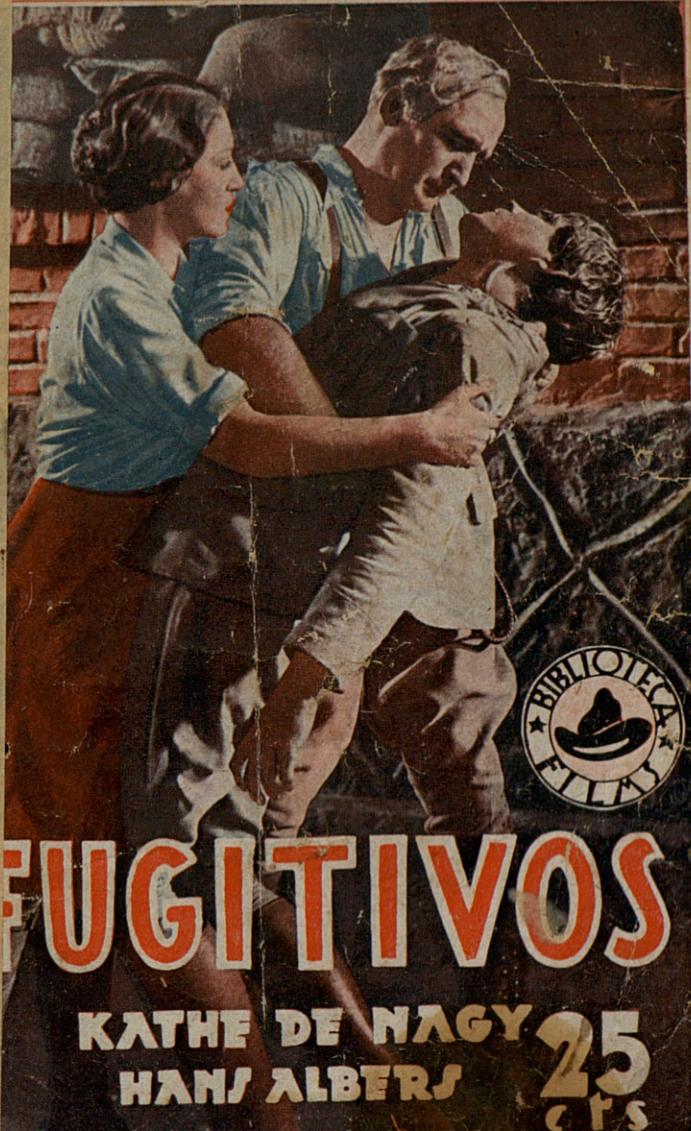


541



FUGITIVOS

KATHE DE HAGY
HANS ALBERS

25
cts

UICICKY, Gustav



BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X APARECE LOS MARTES NÚM 541

* *Flüchtlinge, 1933*

FUGITIVOS

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por los grandes artistas

Hans Albers y Kathe de Nagy

Narración literaria por "ROSSER"

*G. de
Gerhard
MENZEL*

Producción **UFA**

Distribución en España por
Alianza Cinematográfica Española

Provenza, núm. 273 - BARCELONA

INTÉPRETES

Kristja	KATHE DE NAGY
Arnhet	HANS ALBERS
Laudy	Eugen Klopfer

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

* (Refugiés) - Screen "Verne" Germany
387, 4, 122, 137, 150, 155, III, 191, 247, 258
513, 327, 357, 403, 420



PRIMERA PARTE

La Manchuria, este monstruo asiático, se extremece, se desespera, se levanta en armas... Transcurre el verano de 1928 y alrededor de las enormes murallas de la ciudad de Kharbin, estallan las granadas y silban lugub्रemente las balas.

El día 6 de agosto, a las tres de la tarde, cuando el sol con sus rayos abrasadores era un enemigo más para los desgraciados habitantes de la ciudad, la tropa revolucionaria del Norte y del Sur se disputaban su posesión.

Enormes masas de habitantes fugitivos, atravesan la ciudad medio derruida, llevando reflejado en sus rostros la angustia más temible, huyen despavorizados. El cañón, a lo lejos, retumba incesante. Como una inmensa ola de miedo mortal, ruge la masa de los sin patria por las calles, su grito de angustia:



Almas atormentadas por el hambre y las culatas de los fusiles.

“¡Huir! ¡Huir! ¡Lejos de aquí!” Esta bandada de chinos y mongoles, almas atormentadas por la miseria, el hambre y las culatas de los fusiles de los soldados, procura su salvación huyendo de este infierno en llamas. Mil lenguas babilónicas se mezclan en un deseo unánime de liberación.

¡Huir! ¡Huir! Llevan a cuestas sus men-
guados tesoros familiares intentando salvar
lo que permiten la perentoriedad de la huída

y sus escasas fuerzas musculares. Un deseo de vivir convierte a estos hombres en fieras sin entrañas, que no respetan la vida del hermano, sino que su terrible y humano egoísmo les ciega toda compasión y anula todo respeto hacia su semejante.

No es el paisaje asiático que conocíamos hasta ahora a través del cine y del teatro. No es el extremo Oriente misterioso y de sombras pérpidas. Ya no se oyen las músicas monótonas al ritmo de un gong triste y amenazador. El ruido bronco del cañón ha substituído las lánguidas melodías.

Han desaparecido los alados mandarines de trajes multicolores; ha huído para siempre el eterno idilio de la linda musmée, que vive su pueril aventura; ya no existe la pequeña madame Buterfly, ni las princesitas delicadas, ni los aposentos teatrales, ni sus jardines de juguete, ni las casas de the con la gentil geísha que trenza su idilio de amor con un apuesto oficial blanco.

El paisaje, que conocíamos a través de los abanicos y de los biombos, ha muerto para siempre. Ha muerto también sus imperiales esplendores, para convertirse en un Asia gris, de polvo y de privaciones, gris por sus trajes de algodón, gris bajo su incierto porvenir...

Ahora, una anarquía completa, reina en el país. Los generales chinos levantados en armas contra el poder central, jefes todos ellos

que viven del pillaje, sostienen la guerra civil contra las tropas de Kouomintang, que bombardean la ciudad sin cesar. Es la guerra civil; la guerra llamada de "los Generales"; unos malvados que han puesto fuego a la mecha bélica, sin otra finalidad que el pillaje, seguros de su fuerza y de su impunidad. El Gobierno Central de Pekín es desobedecido por las tropas acaudilladas por estos Generales del Norte y del Sur, que en estas horas trágicas se disputan la posesión de Kharbin.

La multitud, alocada, intenta huir hacia un lugar seguro, cerca la Concesión Internacional, rodeada de alambradas y de trincheras, flameando al viento las banderas de las Naciones europeas, como un grito de paz, como una orden de respeto, blando refugio en medio de la hoguera encendida.

Cruzan los rostros impenetrables de los chinos, que esconden miles de pensamientos sombríos, enloquecidos por el terror, en medio de una doble hilera de soldados, teniendo como fondo las fachadas de los edificios medio derruidas por terribles explosiones, dejando al descubierto humildes enseres familiares: camas de hierro retorcidas, colchones y muebles, emergiendo entre las ruinas humeantes.

Entre el flujo y reflujo de los chinos y manchúes aparecen un puñado de europeos perdidos entre dos fuegos. Son alemanes del

Volga, fugitivos de Rusia, capitaneados por Laudy, un ingeniero acusado de sabotaje industrial por el Gobierno de los Soviets. Llevan 4.000 kilómetros andados, abandonando casas y tierras y huyendo de las balas. Son los caballeros de la aventura de todas las razas blancas, que sienten la añoranza de su patria..., de Europa, de su sosiego y de su paz, porque así les aparece a los que han vivido largos años entre el desorden, la revolución, la miseria y la muerte.

Son los que han sufrido tanto tiempo; los que han puesto a contribución su energía, que han conocido el peligro; el trabajo agotador y la lucha constante y que se dan cuenta de la inutilidad de su esfuerzo...

Comprenden que no están en su patria y que nunca podrán realizar nada en aquel suelo infecundo. La tierra que anhelan sus energías, sus posibilidades y su valor, es la que los vió nacer y es a este suelo donde se dirigen. Y, arriesgando su porvenir, saben abandonarlo todo para poder ser libres al fin, maravillosamente libres.

Vemos entre la multitud el rostro del ingeniero Laudy destacarse por su rudeza, por su perfil energético, de hombre autoritario, avezado a todas las luchas y a todas las inclemencias y con las huellas del cansancio y del agotamiento, resultado de su vida de actividad y de sufrimientos. En sus ojos lu-

minosos se adivina la inquietante llama del hombre invencible, que sabe plantar cara a la adversidad y que lucha a brazo partido por la más noble causa humana: ¡la libertad!

Le acompaña su hermana Kristja, valerosa muchacha que no ha querido separarse de su hermano durante el rudo camino que llevan recorrido. En sus pupilas bondadosas se asoma un reflejo de su corazón abierto a todas las piedades y a todas las comprensiones. Pero su cuerpo, curtido a los embatos de la suerte, tiene la resistencia necesaria para ser un compañero más entre el grupo de europeos fugitivos. Su delicada feminidad, su bello rostro, que irradia ternura y compasión, no impiden que su cuerpo joven tenga la valentía de un muchacho, que defiende su vida con bravura.

—¡Kharbin! — dice Laudy enjugándose el sudor, que baña su rostro quemado por el sol—. ¡Al fin estamos seguros!

Y Kristja, que iba a dar la enhorabuena a su hermano, se da cuenta de un pasquín fijado en la pared, en el cual puede leerse:

“5.000 rublos de recompensa a quien delate a Bernhard Laudy, acusado de sabotaje industrial.”

—¡Ojalá fuera cierto, hermano — le contestó—. Fíjate, ya ponen precio a tu captura.

El ingeniero lee con pesar el pasquín, y

añade con voz queda, réconcentrada por el rencor:

—Este bando indica que no respetan las fronteras.

—¡No desmayes, hermano! Vamos a la Concesión Internacional. Allí encontraremos ayuda.

Y sigue el fatídico peregrinaje de aquella caravana de fugitivos alentados con la vaga esperanza de hallar en la Concesión Internacional la seguridad personal de que carecen en aquel infierno dantesco de la China en llamas.

Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos; rostros atezados por el sol y el aire, por el humo y la pólvora; pieles curtidas por un trabajo agobiador; rostros sudorosos. El cansancio doblegando sus espaldas; miseria, hambre y sed. Una sed infinita que les ha secado las fuaces y que no han podido apagar desde largas horas...

De pronto la caravana se detiene. Han divisado un grupo de soldados que llenan unas tinajas de agua. Un grito de júbilo resuena en el aire:

—¡¡Agua!! ¡¡Agua!!

Pero el agua no es para ellos y se la niegan, olvidando el precepto divino: "Dar de beber al sediento." La necesitan para sus caballos. Uno de los muchachos se destaca de la caravana y ofrece a la soldadesca un pu-



Ofrece a los soldados un puñado de billetes de Banco...

ñado de billetes de Banco para que le dejen saciar su sed, pero nada consigue. Los soldados se muestran herméticos al clamor de aquellos desgraciados y estos siguen su peregrinación en busca de un poco de reposo para sus miembros cansados.

El camino se hace interminable. Una pobre mujer no puede más. Le flaquean las piernas y caería desplomada a no ser por el apoyo que le prestan algunos compañeros

de caravana. Uno de ellos exclama compasivo:

—Pobre mujer... No podemos abandonarla.

Se paran varios a sostenerla, pero Laudy, cuyos minutos para llegar a la Concesión Internacional se le hacen interminables, les grita con su voz autoritaria:

—¡Venid! No os dejéis influenciar. ¡Nuestra salvación lo exige!

—De pronto ve venir hacia ellos una patrulla de soldados moscovitas. Laudy previene a sus compañeros diciéndoles:

—¡Cuidado! Los rusos están aquí.

Al cruzarse con ellos unas mujeres gritan sus improperios:

—¡Quieren llevársenos a nuestros maridos!

—¡Para mandarlos de nuevo a Moscou!

—¿Aun estando en territorio chino?...

Laudy ataja aquellas voces que se levantan airadas ante la presencia de los rusos y les ordena seguir hacia la Concesión Internacional, donde tienen la esperanza de hallarse a salvo.

Mientras tanto, en uno de los amplios salones de la Concesión viene celebrándose la asamblea, en la que deliberan los representantes de varias naciones.

La Comisión concede la palabra al Delegado alemán y éste desarrolla su peroración en los siguientes términos:

—Conozco numerosos casos de familias que habitaban las riberas del Volga, las que, después de abandonar el territorio ruso, han sido capturadas otra vez...

Siguen los Delegados desarrollando los temas previos de sus discursos en la Conferencia de la paz... y siguen los obuses aterrándole ciudades, las balas de los fusiles, diezmado ejércitos, y la miseria y las enfermedades—la sed y el hambre principalmente—, cortando existencias de seres de todos los sexos y de todas las edades.

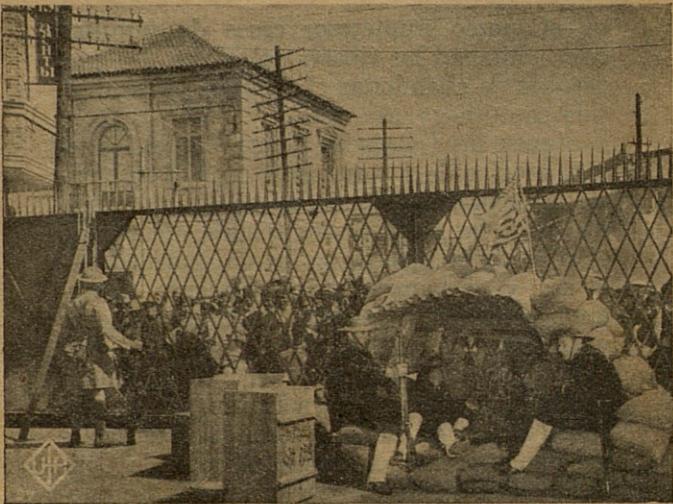
El grupo de alemanes del Volga, huídos de Rusia y refugiados en China, ha llegado ante las puertas de la Concesión Internacional donde pretenden entrar. Pero en la Concesión las órdenes son rigurosas: Nadie puede penetrar en ella, mientras no tenga su pasaporte en regla.

Son inútiles los ruegos y lamentaciones de aquellos desgraciados ante la guardia de la Concesión. La consignia es severa e imposible la entrada, mientras perecen millares de seres humanos...

—¡Ya os ajustarán las cuentas por haber huído! —dícelos por todo consuelo uno de los guardianes—. Tendréis que regresar a Moseou.

—¡Yo no quiero volver a Moscou! —clama desesperadamente una mujer.

—¡Aquí ya no tenéis ningún derecho!



El grupo de refugiados, ha llegado ante las puertas de la Concesión.

Laudy, indignadísimo, intenta replicar al guardián; pero en aquel momento aparece un funcionario de la Conferencia que, para acallar la natural impaciencia de los fugitivos, les dice:

—El señor Cónsul ruega esperen los acuerdos de la Comisión.

El ingeniero, que no ha podido contenerse, le replica airado:

—¡Sois unos egoístas!... Para vosotros sería mejor que muriésemos todos. Así estaríais tranquilos..., no tendríais complicaciones diplomáticas

Al escuchar tales palabras, la guardia intenta detenerla. Mas, en aquel momento, aparece la figura bizarra del aventurero Arneth con su vistoso uniforme, el cual les dice a los soldados:

—¡Dejadlo! ¡No os ensuciéis las manos! Uno del grupo le replica a Arneth.

—¿Acaso no somos también seres humanos?...

A lo que añade, zumbón, Laudy, dirigiéndose a Arneth:

—No se moleste el señor. Somos alemanes... Puede hacer lo que quiera de nosotros.

Pero Arneth, encarándose con el intruso, le replica:

—¡No sois mejores que los de casa!... ¿Es que ahora está de moda vivir de la compañía de los demás?... ¡Una patada es lo que os conviene! Yo también soy alemán.

—¡Y es con insultos que trata usted a sus compatriotas?...

—¡Compatriotas! ¿Acaso queréis que os abrace por eso?...

Huí de Alemania, porque no sabía mendigar. ¡En cambio, vosotros sólo sabéis mendigar y protestar!

Laudy, a pesar de su indignación, se siente interesado por las palabras brutales del aventurero, a las que intenta replicar. Este, que ha comprendido el efecto causado por su presencia ante sus infortunados compatriotas, añade ya en plan confidencial:

—En mi patria me enseñaron a hablar así. Cuatros años y tres meses de cárcel, perdida del honor, vigilado por la policía... ¡Todo por amor a la patria! ¡La patria!... ¡No me necesita, ni yo tampoco a ella!

Y desaparece ante la estupefacción de todos. Laudy le dice a su hermana Kristja, que se ha quedado atónita:

—¡Bah! ¡Supongo que es un aventurero! —y dirigiéndose a los demás, ordena con gesto imperativo:

—¡Vámonos a la estación!

Coleccione cada semana

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
BIBLIOTECA FILMS
Y
FILMS DE AMOR

éstas son las más antiguas y selectas novelas cinematográficas

SEGUNDA PARTE

El aventurero Arneth desea abandonar Kharbine. La desolación y la miseria, que ha cernido sobre los campos y las ciudades, todavía humeantes, de la Mandchurria, no le seducen. Decide, pues, visitar al General gobernador de aquella plaza para que le conceda el permiso de trasladarse a la capital de la China. Pero el General no puede ocuparse de su viaje. Así se lo comunica el ordenanza oficial, al cual Arneth le ruega:

—Diga a su Excelencia que estoy al servicio del Gobierno Central de Pekín, único reconocido, y que como oficial instructor necesito un vehículo.

El ordenanza, después de consultar con el General, le comunica a Arneth:

—Su Excelencia lo lamenta mucho, pero todos los vehículos están requisados para fines militares.

A lo que contesta Arneth, visiblemente contrariado:

—Conozco el precio de su Excelencia, pero yo no pago 10.000 dólares para abandonar Kharbine. ¡Tarde o temprano Tschang-Kai-Tschek y los señores tendrán que huir!

—Su Excelencia está fascinado por su franqueza. Pero vaya usted a la Concesión Internacional, si en algo estima su vida.

Arneth se ha mordido los labios, pues comprende el significado de tales palabras, y le dice al oficial antes de marcharse:

—Diga a su Excelencia que ya encontraré otro medio para continuar el viaje.

* * *

La ciudad de Kharbine sigue envuelta en las llamas de una guerra fratricida, que encendieron la ambición de dos generales ambiciosos y crueles. El pánico domina en ella. Alrededor de sus enormes murallas siguen estallando las granadas y escúchase incesantemente el silbar de las balas. Los habitantes chinos huyen hacia la salida. Por doquier vense soldados rusos, japoneses y manchus

rianos todos en desorden. De vez en cuando vense transitar por entre sus calles derruidas por el fuego de la metralla unos camiones cubiertos con una enorme red, con la cual son cazados igual que bestias todos los alemanes del Volga, que encuentran a su paso para ser transportados a Moscou, sin que nada les importe las lamentaciones y el abandono de las mujeres y los hijos de aquellos desgraciados. Es orden del Comisario y a éste nada le importa que Kharbine no sea Rusia. En la ciudad mártir no existe actualmente orden ni derecho; únicamente hay guerra y cada uno piensa en sí mismo.

Arneth ha salido de nuevo a la calle, después de su malograda tentativa ante el general de la plaza. Evidentemente, su visita no dió el resultado que esperaba. De nada ha valido invocar su cargo de instructor alemán al servicio del Gobierno de Nanking. Con su vistoso uniforme de oficial del ejército chino pasea orgullosamente su mirada, inspeccionando a la muchedumbre cubierta de harapos. La mayoría de ellos son compatriotas suyos, pero él, amargado por la mala situación de la República alemana, a punto de ser encarcelado, emigró al extranjero y ahora poco le importa la pena de aquellos seres, que lamentan su abandono ante la alambrada que separa la ciudad china de la jefatura internacional.

Al solicitar del general manchuriano un vehículo para trasladarse a Pekín y no obtenerlo, se decide cuidarse él mismo y se dirige a la estación. Pero allí se encuentra con sus compatriotas, que tuvieron la misma idea.

La estación es un recinto inmenso, abandonado. Para los fugitivos, no obstante, aquellas largas hileras de vagones representan un refugio y una esperanza de liberación. Desesperados por la sed y el hambre, medio desnudos, han podido llegar hasta allí burlando la vigilancia de las tropas de ocupación.

Antes de aposentarse en algunos de aquellos vagones para descansar, deciden buscar por allí un poco de agua con que saciar la sed. Algunos se sienten enfermos. Una pobre mujer embarazada no puede más y es animada por sus compañeros.

—¡Animo, Merle! Otras veces has creído que no podrías...

De pronto, Laudy cree divisar un pozo y exclama alborozado:

—¡Agua!

Anhelantes, se acercan todos. Pero el pozo está seco. En un rincón divisan una fuente. Acuden a ella presurosos y jadeantes (y la fuente no mana!) Todo inútil! Laudy comprende demasiado y siente que sus miembros le flaquean. Está enfermo también. La malaria, esa terrible plaga de oriente, ha hecho

presa en él y tiene que apoyarse al brazo de su hermana, la dulce Kristja, que lo sostiene amorosamente.

La noche ha cerrado por completo y desde la estación no se escuchó otro rumor que el del bombardeo lejano. De vez en cuando, retiembla la tierra bajo sus pies y un resplandor rojizo alumbría los rostros cadávericos de aquella legión de desgraciados. Abatidos por el cansancio y las privaciones, deciden descansar en uno de los vagones abandonados, uno de estos vagones cerrados, destinados a la conducción de animales. Allí suben los hombres y ayudan a subir a las mujeres, presos todos de un desaliento inenarrable...

Un rumor de pasos en la oscuridad les llena de zozobra... Una figura humana que viene hacia ellos se destaca del fondo del recinto. Es Arneth. Al ser reconocido, Laudy intenta dirigirse hacia él amenazador, pero el aventurero, que comprende el estado de postración de su compatriota, aconseja a su hermana que le sostiene:

—Aconseje a su protector que no empiece conmigo. Yo estoy descansado y él, en cambio, ha andado mucho... ¿Para qué refir?...

En la desgracia común se olvidan los rencores y Arneth, que ha divisado una locomotora abandonada, aun encendida, que está allí con varios vagones de mercancías, pro-

pone incautarse de la dirección del convoy para libertarles a todos.

Sin conocimiento comprende Laudy que Arneth es el más fuerte. La situación de los emigrantes es desesperada. Arneth, que sabe que sin la ayuda de los otros no puede poner en marcha el tren, se incauta de la dirección. Termina la blasfemia inútil y pronto cada uno tiene una orden.

Arneth examina la máquina y les comunica que estará lista para la marcha dentro de tres o cuatro horas.

Laudy se siente atacado por una sed desgarradora y solicita un poco de agua de la máquina, pero Arneth no consiente, pues cada gota sacada de ella es una posibilidad menos de llegar. Kristja anima a su hermano para que se sacrifique en aras a los demás. Pero éste, que se siente desfallecer por momentos, exclama:

—¡Tengo sed!

Peter, un muchacho joven, que ha escuchado el lamento y adora a Kristja, promete traerle el agua de donde sea.

—Es un buen muchacho — dícele a su hermana —. Peter te quiere...

En el vagón de mercancías están aposentados los emigrantes. Esperan que, como se les ha prometido, puedan salir en breve. Pero el tiempo pasa. Sentados en el suelo del vagón dormitan algunos hombres. Otros han

sacado unos naipes e intentan distraer el tiempo jugando. Una de las pobres mujeres, que les acompañan, entona una canción nostálgica que les pone nerviosos a todos. Alguien le grita:

—¡Acaba con tus canciones melancólicas!

Calla la voz de la mujer, pero no puede ahogar su lamento:

—Me encuentro extraña... — les dice a sus compañeros.

Afuera se oye la voz del Arneth, que grita malhumorado:

—¡Todo el carbón del mundo entero no lograría ponernos en marcha, porque los rales están cortados!

De nuevo saltan los hombres del vagón.

—¿Qué pasa?...

—¡Hay que reparar los rales! ¡¡No podemos esperar más!!

Todos se disponen a colaborar en el arreglo de la vía, que una granada ha levantado en un trecho de varios metros, pero uno de los hombres se indigna y pretende continuar su recorrido a pie. Unos le atajan:

—Es una locura andar con este calor..., ¡y sin agua!

Arneth, que ha escuchado la queja del impaciente, le replica amenazador:

—¡El que toque el agua de la locomotora, es responsable de la vida de todos!

Pero el desgraciado, desoyendo la amena-

za del aventurero, desenchufa la manga de bajo la máquina, de la que sale un chorro de agua, que va a perderse entre la arena de los rafles, y ávidamente sumerge el rostro en el líquido elemento.

Una bala disparada con precisión corta la sed y la vida del rebelde sediento, cuyo cuerpo ha quedado tendido entre el lodo negro de la vía.

Pida hoy mismo el espléndido

CATALOGO ILUSTRADO
de las inimitables
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
a EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

TERCERA PARTE

La situación se hace cada vez más apremiante para los fugitivos. Laudy sigue empeorando y sufre el doble martirio de la enfermedad y de verse impotente para ayudar a sus compañeros. Su robusta complejión se ha derrumbado ante los estragos de la malaria. Su hermana hace esfuerzos para darle ánimos, pero él comprende sobradamente que es inútil todo remedio en aquellas circunstancias. Su única ambición es apagar la sed que el abrasa..., ¡y el agua no llega!

Kristja pretende animarle con una dulce mentira:

—Tienes buen aspecto — le dice—. A lo que contesta el ingeniero:

—Estoy mejor, pero no tanto como tú...

En la parte de la vía que cortaron los obuses, un puñado de hombres y mujeres, al mando de Arneth, siguen llenos de zozobra

su rudo trabajo encaminado a unir los rafles para que pueda pasar el convoy. Se alumbran con unas linternas que encontraron abandonadas. Los hombres van separando las vigas de hierro, mientras las pobres mujeres limpian el trayecto para luego llenar el piso.

El sudor cae por sus frentes cansinas. La débil comprepción de las mujeres es doble ante el esfuerzo extraordinario... y la debilidad... La labor es agotadora, extenuamente, pero la esperanza de poner en marcha el tren y poder salir de aquel maldito infierno, les da fuerzas sobrehumanas.

El piso de la vía empieza a estar a nivel. Las mujeres han traído piedras y, únicamente, falta colocar los nuevos rafles. Estos se encuentran en el almacén de la estación, junto con las herramientas. Hay que ir a buscarlas. Petter se ofrece acompañar a Arneth y ambos salen con todo género de precauciones. Los soldados se hallan cerca y si atisban alguna luz, pueden descubrirles.

Para proporcionarse un pequeño reposo, los hombres y las mujeres se han reintegrado a su vagón. Una de ellas apenas puede sostenerse. Es Merle que se halla indisposta, pues siente los primeros síntomas de la maternidad.

— Nunca he pensado que esto pueda ocurrirme — les dice ella dulcemente a sus com-

pañeros de odisea —. Uno de ellos le replica cariñoso:

— ¿Crees acaso que eres un chico?...

... Y allí, en aquel ambiente de dolor y de inquietud, la pobre mujer da a luz un robusto chico, que por unos momentos constituye la algazara de todos.

— ¡Es un chico auténtico! — exclama una de las mujeres que ayudaron a la parturienta.

Y uno de los hombres, cuyo brillo en los ojos destaca de entre su faz tiznada por el polvo y el carbón, le dice a Merle:

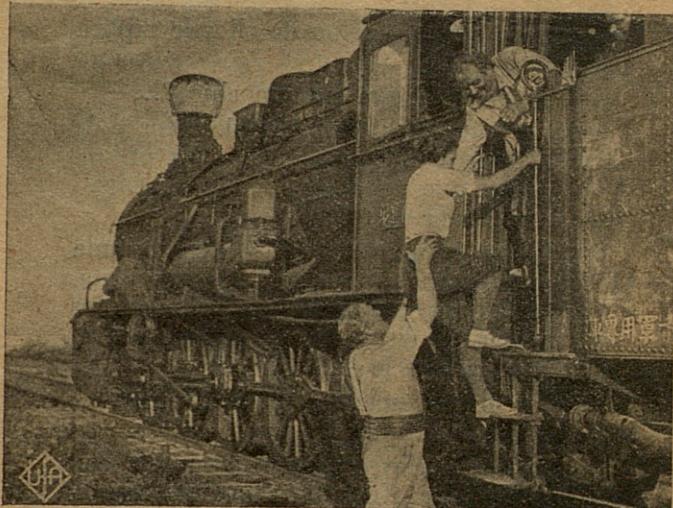
— Esto no lo esperaba usted, ¿verdad?... ¡Ha estado usted muy valiente!

La pobre Merle contempla a su hijo con arrobo de madre. En aquel momento casi olvida su apurada situación y unas lágrimas de ternura infinita se escapan de sus ojos.

— ¡Hijo mío!... ¡Pobre hijo mío!...

De pronto el estupor hace énmudecer los labios de todos. Del lado del almacén de enseres ferroviarios ha partido una descarga cerrada. Apagan la pobre luz del vagón y se acurrucan en él, no atreviéndose casi ni a respirar.

El tableteo de una ametralladora dibuja una fantasía de balas en el madaramen. Una de ellas ha penetrado en el interior perforando el vagón y el cuerpo de un infeliz fugitivo.



Arneth, hace subir a todos al tren.

Dos soldados del fuerte chino han visto a Arneth y a Petter y han disparado sobre ellos. Antes lograron dar con las herramientas, pero en este último viaje, Petter cae acerillado por las balas de los soldados.

Arneth carga con su desgraciado compañero a cuestas y desaparece entre las ruedas de los trenes de mercancías. El momento es terriblemente angustioso. Los soldados han dado la vez de alerta y un pelotón, al mando

de un oficial, se dispone a registrar los vagones para dar con los fugitivos.

Pero las hileras de vagones son interminables y ni la noche ni el tiempo se prestan para hacer el registro. El oficial ordena:

—Vámonos. Al amanecer podremos registrarlos más deprisa.

Se alejan los soldados y Arneth llama de nuevo a sus hombres para el esfuerzo supremo. Antes que termine la noche, es necesario tener arreglada la vía para partir, si no están perdidos.

Sin descanso trabajan los hombres bajo el poder de hierro de Arneth. Este ha encontrado un caballo flacucho y sucio entre la balumba de los vagones y se lo lleva consigo.

—Buen número para un Circo — dice con sorna. Y añade sentenciosamente:

—Le llamaremos Panje y tiraré de un arado en Alemania.

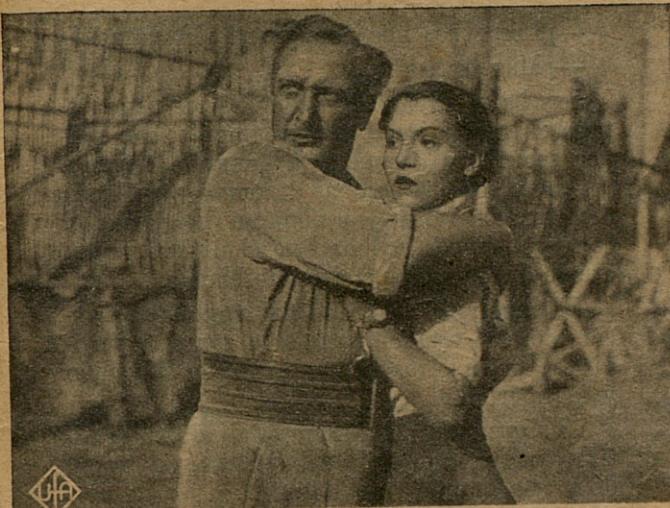
BIBLIOTECA FILMS

la más escogida colección de asuntos del Oeste Americano y de emoción.

CUARTA PARTE

La noche transcurre lentamente, mientras los pobres emigrantes, exhaustos, sin fuerzas, van terminando el arreglo de la vía. Cada minuto es el inmenso valor. Parecen espejos en la sombra, más que figuras humanas. Los hierros de la vía van quedando amoldados al amparo de sus gruesos tornillos. El hueco de la tierra ha quedado llenado de piedras y el engarce de los raíles ha quedado efectuado de forma que pueda pasar el tren.

Amanece. El pobre Laudy, deshecho por la fiebre y exhausto, agradece al aventurero compatriota su labor de aquella noche. Parece que todo se haya desenvuelto con toda normalidad y pronto estarán a salvo. Arneth ayuda a la hermana del ingeniero a acondicionar a éste sobre unos colchones del vagón. Luego inspecciona la presión del vapor



Sabe que la llevará victoriosa entre sus brazos para toda la vida.

de la máquina y el tren comienza a moverse pesadamente.

Ha renacido la esperanza entre los fugitivos. Arneth hace subir a todos al tren a tiempo que regresan los soldados y hacen los primeros disparos.

Son soldados rusos, que se han dado cuenta del movimiento de aquellos fugitivos.

Pero todos están ya aposentados y se disponen a emprender la marcha.

—¡Los rusos nos persiguen! ¡Huyamos!

—¡Más aprisa!

Las balas silban alrededor de los vagones, pero el tren, primero pausadamente, con mayor seguridad después, va ganando terreno.

Ahora son las bombas de mano que hacen crepitar los raíles y amenazan incendiar el convoy. Arneth ordena que el último vagón quede libre para que sirva de blanco.

El vagón es desunido del resto de la locomotora y esta emprende la marcha vertiginosa hacia otras tierras, hacia la salvación y la libertad.

Una granada potente ha estallado en el último vagón, que ha quedado solo, en mitad de la vía envuelto en llamas...

¡Al fin, salvados! El júbilo de los alemanes, que corren hacia la libertad, es innenarrable. Laudy se sobrepone a su dolencia y conduce ahora la locomotora. El aire vivificador va entrando en sus pulmones y le retorna a nueva vida. Hace ya mucho que se reconcilió con Arneth y ahora ve a su hermana Kristja en brazos de éste. Está contento. El sabe que la llevará fuerte y victoriosa entre sus brazos para toda la vida.

Los fugitivos cantan con un gozo que les llena los ojos de lágrimas. Regresan a sus lares donde podrán gozar de libertad y entre los suyos, olvidarán estos malos momentos

que acaban de pasar en aquel terrible infierno de la Manchuria.

Kristja, radiante de dicha, al verse a salvo, le pregunta a su hermano:

—¿A dónde nos lleva el convoy?...

A lo que responden Laudy y Arneth al mismo tiempo:

—¡A nuestra casa! ¡¡A la felicidad!!

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

Una vida por otra

Creación de NANCY TORRES

Precio: UNA peseta.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

CANCIONERO

NUEVA EPOCA

Carmelita Aubert	Elsie Bayron
Carlos Gardel	Niño de Marchena
Imperio Argentina	José Mojica
Margarita Carbajal	Eduardo Brito
Estrellita Castro	Magaldi - Noda
Reyes Castizo La Yankéa	Irusta-Figazot-Demare
Trini Moren	

30 céntimos el tomo.

ADQUIERA HOY MISMO
ALMANAQUE 1934

dedicado a los célebres artistas

Imperio Argentina - Celia Gámez

Carlos Gardel

Azucena Maizani - Libertad Lamarque

Precio: UNA peseta

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

435
6.2